to esos reaccionarios como los demás, compendiaban su programa en dos palabras: "Religión y Fueros."

La nueva revolución encontró al gobierno con sus mejores tropas en el Norte, otras ocupadas en perseguir á las guerrillas que pululaban por todas partes, y con el erario enteramente exhausto; pero las dificultades fueron vencidas por Comonfort, en quien la fortuna y la actividad parecían disputarse la primacía. Llamó á todas las personas notables para sostener la causa del gobierno, armó la guardia nacional, reunió tropas y encontró los recursos en la buena voluntad de algunos comerciantes; nombró jefe del cuerpo de operaciones al general Tomás Moreno, dándole por compañeros varios jefes afamados. A la vez marchaban sobre Querétaro fuerzas de Guanajuato, al mando del general Doblado. El plan del jefe Orihuela proclamaba las Bases de 1843; los agentes de la reacción recorrieron los pueblos, procurando levantar en su favor á la clase indígena, y hacían circular noticias de nuevos pronunciamientos para alarmar á la sociedad; decían en pasquines, que el señor Arzobispo había lanzado excomuniones, y en las calles se escribían letreros vitoreando la Religión, ó insultando á los militares liberales.

Aunque en Puebla se habían pronunciado solamente poco más de trescientos hombres, aumentaron con los que allí se les unieron y con la gente de leva que mucho se desertaba; también se pasó á los liberales la fuerza que se había pronunciado en Matamoros Izúcar. Situado el cuartel general del jefe Moreno en el Carmen, intimó rendición á los sublevados y les fueron quitados el Hospicio, Belem, la Soledad y otros edificios. Antes de estrechar el sitio, se permitió que salieran de la ciudad los habitantes pacíficos. El 4 de Noviembre, todas las baterías rompieron el fuego y fueron tomados por asalto el Hospitalito, San Gerónimo y las Capuchinas por el general Arteaga, penetrando los sitiadores hasta las calles céntricas de las Vacas y la Carnicería. Cayó San Francisco en poder de las fuerzas del gobierno que diariamente se aumentaban, en tanto que los sitiados se alentaban por la energía que mostraban los jefes de la reacción.

Corriendo en España, como cierta, la noticia de que los españoles radicados en México solicitaban amparo de su nación, el Sr. José Hidalgo, antiguo secretario de la legación mexicana en Madrid, lo negó y manifestó que hacía poco tiempo, más de trescientos españoles muy conocidos en México, habían elevado una exposición á las Cortes, desmintiendo de la manera más clara y completa, que se les tratara como lo aseguraron algunos periódicos de Madrid; con tal motivo, se recordó que los españoles residentes en México dieron un voto de gracias al Sr. Miguel de los Santos Alvarez, por el tino, moderación y prudencia con que desempeñó el cargo de ministro plenipotenciario de S. M. C. en esta República.

Al lado del gran trastorno interior, circulaban rumores alarmantes sobre el estado que guardaban nuestras relaciones con Inglaterra y con España, habiendo la legación inglesa presentado un *ultimatum* en que amenazaba con retirarse si no obtenía la indemnización para el Sr. Barron. Entonces varios periódicos hicieron

General Juan Vicario.

Situado en el Sur de México, se mostró adicto incondicional al Imperio mientras que el partido clerical esperaba que Maximiliano de Hapsburgo le devolviera la influencia y el poder que ostentó en épocas anteriores á la venida de la Intervención Francesa; pero varió de conducta luego que fué indudable que el Imperio seguía sosteniendo las leyes de Reforma decretadas por D. Benito Juárez. Por tal motivo, el general Vicario se atrajo la desconfianza del gobierno imperial, y aunque protestó sumisión y obediencia, se vió obligado á retirarse á la vida privada.

indicaciones sobre la ventaja de un protectorado norte-americano, como remedio á nuestros males.

En Tancítaro y Maravatío levantábanse los sublevados al grito de ¡viva la religión! y con este pretexto asaltaban las casas y extraían caballos. El desorden era general: en Tampico acaudilló un motín D. Eulogio Gautier; en Huajuápam eran derrotados los sublevados, acaudillados por Patiño; de Veracruz eran desterrados muchos de quienes se temía una sublevación; en Sonora combatían las fuerzas de los Gándara, contra las mandadas por Pesqueira; el jefe Mejía tomaba á San José de Iturbide, y se descubrían conspiraciones en Zacatecas y San Luis, y aun en el mar llegó á derramarse sangre entre hermanos, batiéndose en las aguas de Yucatán el vapor "Demócrata" mandado por el teniente Lainé, con el "Guerrero," al mando del Sr. Núñez Villavicencio, pronunciado por la reacción. Los sublevados de Puebla mantenían á todo trance los cerros de Guadalupe y Loreto; la Concordia era atacada con mucho empeño prosiguiendo con actividad las horadaciones, y fueron tomados á viva fuerza, San José, San Juan, Santa Mónica y el jardín del Tívoli.

Celaya fué saqueada; el sublevado Vicario entraba á Tepecoacuilco; hostilizadas las fuerzas de Vidaurri propuso este entrar en arreglos y someterse, admitiendo que los pueblos de Coahuila fuesen llamados para que resolvieran si querían continuar unidos á Nuevo-León. En la Huasteca aparecían disturbios, y brotaba la anarquía en el seno mismo del Gabinete, donde constantemente se cambiaban ministros. Cobos atacaba á Pachuca y en Texcoco brotó la revolución.

Dominada la reacción por el vértigo, quería mas bien satisfacer venganzas que establecer instituciones políticas ó sociales; hasta esa época, todas las revoluciones, cualesquiera que fuesen los principios invocados, habían tomado por enseña la bandera tricolor; pero ahora, en los parapetos de los revolucionarios de Puebla, aparecía una bandera negra con cruz roja en el centro, como indicando que México olvidaba sus gloriosas tradiciones. El Padre Marín quería entrar á Puebla con cien hombres, pero fué derrotado, en el mismo día en que caía á esfuerzos de los sitiadores, una gran parte de la torre de la Concordia, edificio que fué tomado tras un sangriento combate, pues estaba defendido por multitud de trincheras, zanjas y fosos. El hospital militar de las fuerzas del gobierno, fué situado en Cholula.

Cayeron en poder de las tropas sitiadoras, Santa Inés, la Merced, San Agustín y Santo Domingo, y no pudiendo ya defenderse, solicitaron de la plaza parlamento el 29 de Noviembre, y luego que fueron tomadas las trincheras de San Luis y otros puntos, se fugaron los cabecillas Orihuela y Miramón; capitularon los sitiados á condición de que se les salvara la vida y al día siguiente quedaron los cerros y la ciudad en poder de las tropas del gobierno, de las que una parte salió sobre las fuerzas de Osollo y Gutiérrez que, pretendiendo auxiliar á Puebla, habían ocupado á Tlaxcala, cuando las tropas del gobierno estaban ya fatigadas, después de cuarenta días de combate. Alcanzado Orihuela por las fuerzas de Pueblita, fué fusilado el 11 de Diciembre.

Muchas partidas de pronunciados quedaron causando grandes males; Juan Vicario hostilizaba los distritos de Cuernavaca y Cuautla; Cobos, que recorría el Estado de México, estableció aquí la llaga social del plagio; Gutiérrez y Osollo merodeaban en el Estado de Puebla, y porción de gavillas en los Estados de Michoacán, Jalisco y Durango; el jefe Tomás Mejía continuaba sublevado en la Sierra; la revolución de Sonora se había convertido en guerra vandálica, y multitud de gavillas, invocando pretextos políticos, talaban los Estados; de la capital de la República continuaban saliendo desterrados todos los que eran sorprendidos en conspiraciones, y fué expedida una ley para castigar los delitos contra la nación, el orden y la paz pública.

Grandes habían sido las angustias del gobierno para proporcionarse recursos con que hacer frente á la situación, paralizada como estaba la actividad mercantil y sin que la desamortización produjera los recursos esperados, á causa de los desórdenes que se cometían en el cumplimiento de la ley. Crecieron las dificultades, cuando creyendo vencida á la reacción apareció un motín en San Luis Potosí, otro centro de reaccionarios, acaudillado por el ex-coronel Calvo, capitulado de Puebla en Marzo. El 10 de Diciembre dieron el grito de "Religión y Fueros" más de mil soldados de las brigadas de Rosas Landa y Echeagaray, quedando preso por poco tiempo el primero de estos y teniendo que salir el otro con algunas tropas y con los jefes y oficiales que permanecieron fieles al gobierno; el general Parrodi fué designado para tomar el mando de las fuerzas que iban á operar contra los sublevados en San Luis Potosí.

Después del primer sitio de Puebla, se había establecido en México un centro reaccionario llamado *Directorio conservador central de la República*, cuya existencia no era creída por algunos, á consecuencia de estar envueltos en el mayor secreto, los nombres de las personas que lo componían y la manera de desarrollar sus planes para derribar á Comonfort; esa Junta fué la que envió á San Luis al coronel D. Manuel M. Calvo provisto de algunos fondos, quien llenó su misión auxiliado por los Sres. J. M. Alfaro y Juan Othón, vecino de San Luis; seducidos los subalternos y los soldados, quedaron en poder de los revoltosos todos los cuarteles en la madrugada del 10 de Diciembre. Con ellos fué á reunirse el jefe Osollo.

Los sublevados de San Luis acabaron sus recursos y les fueron negados por el comercio; esto introdujo el descontento, la discordia y la desconfianza entre sí mismos, y usaron de prisiones y destierros contra sus opositores. También Comonfort se encontraba en dificilísima situación, al terminar el año que se puede llamar de los combates; hostilizado por los enemigos de la reforma y por los exaltados en favor de ella, era el punto objetivo de las más opuestas acusaciones, sin que esto lo apartara del propósito de sostener la bandera conciliadora que había levantado entre los partidos; parece increíble que con esta conducta se perdiera y lanzara á la nación en un abismo de calamidades.

Ese estado de desorganización en que se encontraba la República, tenía que

traer consecuencias más fatales cada día. Una partida de bandidos, en número de treinta, á las órdenes de un individuo llamado Abascal, cayó el 17 de Diciembre sobre las haciendas de San Vicente y Chiconcuac, y asesinó á sangre fría á D. Nicolás y D. Juan Bermejillo, y á otros tres más sin otro motivo que el ser españoles; para ejecutar el crimen tomaron el nombre del general D. Juan Alvarez, suponiéndose pertenecientes á las tropas de este que estaba en Tepecoacuilco persiguiendo á los sublevados. Aunque el general Haro envió de Cuernavaca una sección, cuando ésta llegó al lugar del suceso ya era tarde, todo había pasado; también destacó el general Tapia, que volvía del Sur, una partida de cuarenta dragones, que de nada sirvieron contra los hechos consumados. La noticia de los robos y asesinatos cometidos en esas haciendas, infundió la alarma y produjo la más desfavorable impresión en toda la República y en el exterior, aunque en tales sucesos no había cuestión política ni moral, sino crímenes del orden común.

Por el 20 de Diciembre de 1856, se exparció en México la noticia de aquel suceso horroroso: la gavilla de foragidos había asaltado la hacienda de San Vicente y asesinado á los cinco españoles. El gobierno se alarmó porque á esos crímenes se les quiso dar un colorido político, y que por consiguiente empeoraría las relaciones con España, perdiéndose todo lo que se había avanzado en el asunto del tratado que estaba á punto de arreglarse; dictó oportunas y activas providencias para la aprehensión de los malhechores, y nombró un juez especial para que instruyese el proceso; la secretaría de Hacienda entregaba al Sr. Pío Bermejillo, cantidades para recompensar generosamente á las personas encargadas de buscar y aprehender á los culpables, y á veces fueron puestos á las órdenes del mismo Sr. Bermejillo, los destacamentos de tropa para el mismo objeto. El cónsul español pasó á Cuernavaca para practicar personalmente cuantas averiguaciones creyó necesarias, sin que de estas resultase ni la más remota prueba, de que las autoridades tuviesen participio alguno en sucesos que fueron solamente el resultado de venganzas personales.

A pesar de tantas y tan diligentes medidas, el Sr. Sorela, que era encargado de negocios, insistió que en el término de un mes, el gobierno había de hallar y ahorcar á todos los culpables, pretensión que no estaba dentro de lo posible; el Sr. Sorela rompió las relaciones y se marchó á España. Como resultado de las incesantes pesquizas de la autoridad, algunos de los culpables murieron á balazos en el momento de la captura y otros juzgados y ahorcados al pie de la estatua ecuestre de Carlos IV, sin que nada de esto valiera algo en favor de México.

Los crímenes cometidos en la hacienda de San Vicente, no fueron imputados en España á agentes secundarios, sino á altos funcionarios, al gobierno mismo del general Comonfort. Fué en vano alegar con fundadas razones que la moral, la justicia, la utilidad pública y el mismo interés privado hacían imposible ese hecho; lo fué preguntar la conveniencia y utilidad que de tal crimen resultarían al gobierno; presentar las pruebas de persecución á los malhechores, la actividad recomendada á los magistrados, el nombramiento de un juez especial, la creación de una policía exclusiva para buscar y prender á los delincuentes y nada valió la deferen-